



LUCAS 22:54-62

.....

LA NOCHE QUE PEDRO *negó al Señor*

.....

A la sombra de la cruz
Lección 8



**EXPONIENDO LAS ESCRITURAS
ILUSTRANDO CON LA VIDA**



| Introducción

Cuando el apóstol Pedro llegó a su vejez, escribió una carta para unos creyentes que enfrentaban una presión constante para distanciarse de Jesucristo.

Seguir a Jesús les había cambiado la vida por completo. Habían perdido propiedades, hogares, empleos y amistades. La oposición los había obligado a dispersarse por distintas regiones del imperio, viviendo ahora en lugares como Galacia, Bitinia y Asia.

Y la presión no disminuía. Con el paso del tiempo, solo seguía aumentando.

Para animarlos, Pedro les escribe en su primera carta:

«Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, Refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño» (1 Pedro 3:10).

Y unos versículos más adelante añade:

«...estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante

todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 Pedro 3:15).

¿Qué haces cuando tu supervisor está decidiendo a quién promover dentro de la empresa y tú eres uno de los candidatos, pero acabas de enterarte de que al jefe no le agradan los empleados que sostienen convicciones conservadoras sobre temas sociales?

De repente, pareciera que tienes que elegir entre una promoción o poner a un lado tus convicciones.

¿Qué haces cuando tu profesor de filosofía dedica parte de la clase a burlarse de quienes creen:

- que Dios tiene el control sobre el clima;
- que Dios creó solamente dos géneros – masculino y femenino;
- o que Dios todavía tiene un plan para la nación de Israel?

Y qué haces cuando, mirando a toda la clase, dice: Si alguien aquí cree alguna de esas tonterías, que levante la mano

.

Qué haces cuando un vecino, un compañero de trabajo o incluso tu novio te pregunta: Lo que me molesta de la Biblia es que parece demasiado exclusiva. ¿De verdad crees que Dios no aceptará en el cielo a personas sinceras que practican otra religión? ¿Tú qué opinas?

Pedro nos está escribiendo a nosotros.

En esencia, nos está diciendo: *Mira, yo sé que, en momentos así, vas a sentir la tentación a pensar que la mejor manera de tener una vida tranquila es tomar cierta distancia de Jesús; guardar silencio acerca de tu salvación; o evitar hablar de tus convicciones. Pero déjame decirte algo. Hablo por experiencia propia. La mejor vida que puedes vivir —aunque eso signifique más presión y más oposición— es una vida firme en la verdad. No mientas. Habla con honestidad. Y cuando alguien te pregunte, explícale por qué perteneces a Cristo.*

Creo que Pedro escribe estas palabras recordando aquella noche cuando cedió ante la presión. La noche en que dijo una mentira tras otra.

¿Alguna vez has pensado que uno de los episodios más conocidos de la vida de Pedro no es su sermón en el día de Pentecostés?

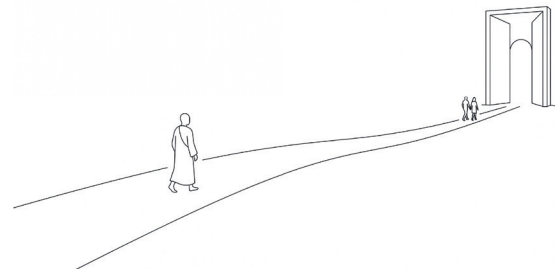
De hecho, me pregunto cuántos de nosotros podríamos resumir los puntos principales de aquel sermón.

Sin embargo, casi todos conocemos el relato de la noche en que negó a Cristo en el patio del sumo sacerdote.

Y el Señor decidió registrar ese episodio en los cuatro Evangelios para que nadie lo pasara por alto.

Porque necesitamos esta lección.

Así que regresemos a aquella noche. Jesús acaba de ser arrestado en el huerto de Getsemaní. Judas ya lo ha entregado con un beso. Los discípulos han salido huyendo en distintas direcciones. Y mientras los líderes religiosos llevan a Jesús para interrogarlo, Pedro decide seguirlos a cierta distancia.



Lucas escribe en el versículo 54:

«Y prendiendo [a Jesús], le llevaron, y le condujeron a casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos.»

3

La casa del sumo sacerdote era algo más parecido a un pequeño palacio. Estaba rodeado por muros y portones de acceso. Algunos de los siervos de la casa vigilaban las entradas.

Además, Juan capítulo 18 nos dice que el apóstol Juan también había llegado hasta allí.

Juan añade algunos detalles importantes en su relato y dice:

«Y seguía a Jesús Simón Pedro,

y otro discípulo – (Ese discípulo era Juan, a todo esto). Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; mas Pedro estaba fuera a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro.» Juan 18:15-16:

Así que Juan es el que logra darle acceso a Pedro a la residencia del sumo sacerdote.



Sabemos que Juan siguió avanzando hacia el interior, donde los líderes religiosos estaban interrogando a Jesús. Pedro, en cambio, se acercó a este fuego que habían encendido en el patio.

Ya era cerca de la medianoche y el aire estaba frío. Pedro simplemente intenta pasar desapercibido. Quiere mezclarse entre la gente y no llamar la atención.

Pero eso no resulta bien.

Observa lo que sucede en el versículo 56:

«Y una criada, al verle sentado al fuego, se fijó en él, y dijo: También éste estaba con él.» Lucas 22:56

Según el evangelio de Juan, se trata de la misma joven que vigilaba la puerta.

Desde que le permitió la entrada a Pedro, algo le parecía sospechoso. Ahora se ha acercado al fuego y no deja de observarlo.

Escenas de la negación de Pedro

Para nuestro estudio, vamos a dividir lo que ocurre a continuación en cuatro escenas.

La primera podría titularse:

Una conversación junto al fuego.

Lucas escribe en el versículo 55:

«Y habiendo ellos encendido un fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también entre ellos.»

De hecho, el texto griego da a entender que lo examinaba detenidamente mientras las llamas iluminaban intermitentemente su rostro.¹

Y finalmente está convencida.

Ha unido las piezas del rompecabezas:

- Pedro conoce a Juan.
- Juan pidió que dejaran entrar a Pedro.
- Juan es seguidor de Jesús.
- Así que Pedro también debe ser uno de sus seguidores.

Ahora bien, es importante entender algo.

La vida de Pedro no corre peligro en este momento.

Todos saben que Juan es un seguidor de Jesús y aun así se encuentra dentro de la residencia del sumo sacerdote. Nadie intenta arrestarlo. De hecho, después de que se llevan a Jesús, tampoco buscan a Juan ni a Pedro.

Los líderes religiosos están concentrados en Jesús.

Esta criada no está señalando a Pedro para que lo arresten. Más bien, se está burlando de él por su relación con Jesús.

Sus palabras parecen estar cargadas de cierta ironía.²

Y podemos ver aún más claramente el tono

de sus palabras en el relato de Mateo. Ella le dice a Pedro:

«Tú también estabas con Jesús el galileo» (Mateo 26:69).

Observa que no dice: «Jesús el maestro», o «Jesús el sanador», o «Jesús el hacedor de milagros».

Dice: «Jesús el galileo».

Ahora bien, en aquellos días llamar a alguien “galileo” no buscaba simplemente mencionar de dónde venía. Muchas veces era una forma despectiva de referirse a una persona. Era una manera de insinuar que alguien era ignorante, poco refinado – un pobre campusano.

Los habitantes de Jerusalén y de la región de Judea solían mirar con un aire de soberbia a la gente del norte. Los galileos tenían fama de ser menos educados, menos sofisticados y más rústicos que los habitantes del sur.³

Además, hablaban con un acento diferente. Los historiadores señalan que les costaba pronunciar ciertos sonidos característicos del dialecto de Jerusalén, por lo que su manera de hablar los identificaba rápidamente.⁴

Así que esta joven no está haciendo una observación neutral,

Se está burlando de Pedro.

Prácticamente le está diciendo:

¹ David E. Garland, Zondervan Exegetical Commentary on the New Testament: Luke (Zondervan, 2011), p. 893

² Adapted from R.C.H. Lenski, The Interpretation of St. Luke's Gospel (Augsburg Publishing House, 1946), p. 1087

³ Adapted from Charles R. Swindoll, The Darkness and the Dawn (Word Publishing, 2001), pp. 45-46

⁴ Ibid

—¿No eres tú uno de los seguidores de ese galileo? ¿De ese hombre ignorante del norte? Tú eres uno de ellos, ¿verdad?

En el versículo 57 leemos:

«Mas él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco.»

En este punto, Marcos añade un detalle muy interesante. Escribe:

«Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo» (Marcos 14:68).

Ahora bien, los otros Evangelios solamente mencionan el canto del gallo después de la tercera negación de Pedro.

De hecho, cuando comparamos los relatos, encontramos que Jesús le había dicho a Pedro:

En Mateo:

«Antes que cante el gallo, me negarás tres veces» (Mateo 26:34).

En Lucas:

«El gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces» (Lucas 22:34).

En Juan:

«No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces» (Juan 13:38).

Pero Marcos registra las palabras de Jesús de esta manera:

«Antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces» (Marcos 14:30).

¿Cómo podemos entender esto?

Existen varias explicaciones.

Una de las explicaciones tiene que ver con una expresión que usaban los romanos.

Para ellos, el «canto del gallo» no siempre se refería a un gallo literal. También era el nombre que recibía el toque de trompeta que anunciaba el cambio de guardia. De hecho, los romanos tenían un término oficial en latín para ese toque: *gallicinium*, que literalmente significa «canto del gallo».

Esa señal marcaba el final de la tercera vigilia de la noche, alrededor de las tres de la mañana.

Los romanos dividían la noche en cuatro vigiliass:

- la primera, de 6:00 a 9:00 de la noche;
- la segunda, de 9:00 a medianoche;
- la tercera, de medianoche a las 3:00 de la mañana;
- y la cuarta, de 3:00 a 6:00 de la mañana.

A esta última vigilia la llamaban «la mañana».

De hecho, Marcos alude a estas divisiones en el capítulo 13, cuando Jesús les dice a sus discípulos:

«Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana» (Marcos 13:35).

Por eso, algunos estudiosos creen que la negación de Pedro ocurrió cuando sonó aquella trompeta que marcaba el final de la tercera vigilia, cerca de las tres de la mañana.

Creo que esa es una posibilidad interesante. Sin embargo, hay un detalle que me hace pensar que esa no es toda la explicación.

Marcos registra que el gallo cantó no solamente después de la tercera negación de Pedro, sino también después de la primera.

Y menciono esto porque tarde o temprano alguien va a señalar este pasaje como una supuesta contradicción entre los Evangelios. Quizás un compañero de trabajo. Quizás un profesor universitario que disfruta destacando aparentes errores en la Biblia.

Cuando eso ocurra, recuerda esto: cuando reunimos los relatos de los Evangelios obtenemos el cuadro completo. Cada escritor registró detalles que los demás omitieron. Cada uno recordó aspectos diferentes de lo que vio y escuchó aquella noche.

Así que Marcos no contradice a los demás evangelistas; simplemente añade un detalle que completa el relato. Hubo un segundo canto del gallo. Los otros evangelios solo se concentran en el último.

Y eso resulta particularmente interesante cuando recordamos quién era Marcos. Marcos fue discípulo de Pedro. Gran parte de la información que incluyó en su Evangelio provino del propio testimonio del apóstol.

De hecho, al final de su primera carta, Pedro se refiere a Marcos como «mi hijo», de una manera muy similar a como Pablo llamaba «hijo» a Timoteo.

Además, varios escritores de la iglesia primitiva —como Justino Mártir, Clemente de Alejandría y Tertuliano— afirman que Marcos acompañó a Pedro durante años y registró cuidadosamente sus enseñanzas.

Podríamos decir que Marcos actuó como el secretario personal de Pedro, anotando y preservando gran parte de su testimonio.

Por eso Marcos incluye este detalle de aquella noche que Pedro jamás olvidó.

Y es un detalle importante al que volveremos dentro de unos momentos.

Por ahora, avancemos a la segunda escena. Podríamos llamarla:

La negación junto a la entrada.

Volvamos a Lucas 22:58:

«Un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy.»

Marcos nos informa que Pedro ya se ha alejado del fuego y ha regresado cerca de la entrada del patio.

Todavía hay personas reunidas allí. Algunos son siervos; otros simplemente observan lo que está ocurriendo. Entonces alguien vuelve a señalar a Pedro.

Pero esta vez el tono parece diferente.

Ya no suena tanto a burla como a una exigencia de sinceridad.

Es como si le dijeran:

—Vamos, admítelo. Tú eres uno de sus discípulos. Di la verdad.

Mateo añade un detalle significativo. Escribe:

«Pero él negó otra vez con juramento...» (Mateo 26:72).

En otras palabras, Pedro ya no se limita a negar la acusación. Ahora respalda su mentira con un juramento.

Es como alguien que jura sobre la tumba de su madre. Está invocando el juicio de Dios sobre sí mismo si no está diciendo la verdad. Para usar una ilustración más cercana, imagina a una persona en un tribunal. Pone la mano sobre la Biblia y promete decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... y luego miente.

Eso es exactamente lo que Pedro está haciendo.

Por decirlo así, pone la mano sobre la Biblia y declara bajo juramento:

—¡No soy uno de sus discípulos!

Pero la situación se está cerrando a su alrededor.

La presión sigue aumentando.

Y por cierto, recuerda que estas tres negaciones no ocurrieron una tras otra, como si fueran palomitas de maíz explotando en una olla.

Lucas resume toda esta secuencia en apenas nueve versículos, pero los acontecimientos se desarrollaron durante varias horas.⁶

Pedro tuvo tiempo para pensar.

Tuvo tiempo para reflexionar.

Tuvo tiempo para dar marcha atrás.

Pero siguió avanzando en la dirección

equivocada.

Ahora llegamos a la tercera escena.

Podríamos llamarla:

El colapso espiritual de Pedro.

Observa ahora lo que sucede en el versículo 59:

«Como una hora después, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices.»

Mateo añade un detalle más. No solamente nos dice que Pedro juró; ahora comienza a maldecir y a jurar.

¿Por qué llega tan lejos?

Juan nos da una pista importante. Resulta que quien lo acusa esta vez no es un desconocido cualquiera. Juan escribe:

«Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?» (Juan 18:26).

En otras palabras:

—Tú no solo eres uno de los discípulos de

Jesús. ¡Tú eres el hombre que atacó a mi pariente en el huerto!

De repente, esto adquiere otra dimensión.

Ahora Pedro no solo teme que lo identifiquen como seguidor de Jesús. Ahora podría enfrentarse a problemas mucho más serios. Podrían acusarlo de haber participado en un acto de violencia. Podrían incluso considerarlo culpable de intento de homicidio.

Así que Pedro vuelve a sacar palabras que creía haber dejado atrás.

Quiere demostrar que no tiene nada que ver con Jesús.

“¿Yo seguir a ese rabino? ¡Por favor!”

9

Y para probarlo, comienza a maldecir y a hablar como el hombre que era antes de encontrarse con Cristo.

Y mientras las palabras siguen saliendo de su boca, Lucas escribe al final del versículo 60:

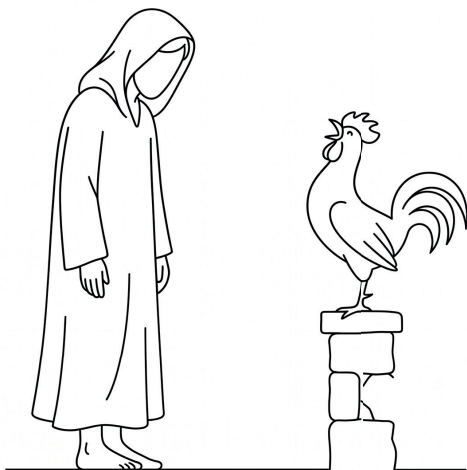
«Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó.»

Este detalle es importante.

Lucas utiliza aquí una expresión que apunta claramente a un gallo real. No usa el término que podría asociarse con una señal militar o un cambio de guardia.⁷

⁶ Adapted from Dale Ralph Davis, Luke: The Year of the Lord's Favor (Christian Focus, 2021), p. 188

⁷ Garland, p. 893

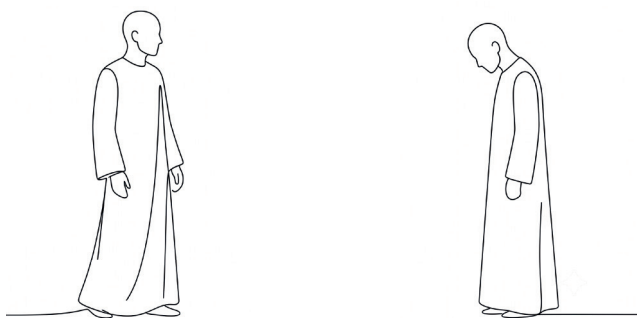


Pero, en realidad, Lucas no pone el énfasis en el gallo.

Su atención se dirige inmediatamente a algo mucho más impactante.

Observa los versículos 61 y 62:

«Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.»



Y con eso llegamos a la cuarta escena.

Podríamos llamarla:

La mirada que lo dijo todo.

Durante varias horas, Jesús ha permanecido dentro de una sala rodeado de hombres llenos de odio.

Lo insultan.

Le gritan.

Lo golpean.

Se burlan de Él.

Ya está ensangrentado y cubierto de heridas.⁸

Pero sigue siendo el Hijo de Dios.

Y sigue teniendo el control absoluto de todo lo que ocurre.

De hecho, el texto parece indicar que Jesús ha escuchado las negaciones de Pedro.

Y ahora, deliberadamente, se vuelve y lo mira.

Quizás lo hizo a través de una ventana abierta.

Quizás en ese mismo momento lo trasladaban encadenado por el patio.

8 J.C. Ryle, Expository Thoughts on the Gospels: Luke (Evangelical Press, 1879, reprint 1975), p. 358

No lo sabemos.

Lo que sí sabemos es que sus miradas se encontraron.

Y en ese instante Pedro recordó sus propias palabras.

Recordó aquella promesa llena de confianza cuando aseguró que jamás negaría al Señor.

Hace algún tiempo leí la historia real de una madre que rescató a su pequeña hija durante un incendio.

La casa estaba envuelta en llamas cuando ella corrió hasta la habitación de la niña, la tomó en brazos y logró salir con vida.

Pero el rescate tuvo un costo.

Sus manos y su rostro sufrieron quemaduras severas que la dejaron marcada para siempre.

Pasaron los años y aquella niña llegó a ser una adolescente popular en su escuela.

Un día, su clase se fue de excursión. Varias madres se ofrecieron como voluntarias para ayudar a preparar las comidas, y la mamá de esta chica era una de ellas.

Algunas jóvenes comenzaron a comentar acerca de la mujer de rostro y manos marcadas que habían visto trabajando.

Una de ellas preguntó:

—¿Quién será esa mujer tan fea?

Sin darse cuenta de que su madre estaba a pocos pasos y podía escuchar la conversación, aquella adolescente respondió:

—No sé.

No sé quién es esa mujer.

Las palabras apenas han salido de la boca de Pedro.

Todavía está allí, con el rostro marcado por la frustración, el temor y la negación. Sus maldiciones siguen resonando en el aire cuando el Señor se vuelve y lo mira.

¿Qué clase de mirada fue aquella?

¿Una mirada de decepción?

¿De tristeza?

¿De enojo?

¿Una mirada que dijera: “No puedo creer que hayas hecho esto, Pedro”?

La verdad es que no sabemos exactamente qué expresaba aquella mirada.

Sin embargo, no creo que haya sido una mirada de ira o de desprecio.⁹

Recuerda que Jesús ya sabía que Pedro iba a fracasar.

De hecho, se lo había anunciado horas antes.

“Pedro, me negarás tres veces.”

Y junto con esa advertencia le había dado una promesa:

«Pero yo he rogado por ti» (Lucas 22:32).

Antes de dejar esta escena, permíteme señalar algunas lecciones para nosotros.

| Aplicación

La primera lección es esta:

**Recuerda
mantenerte alerta
ante aquel pecado
que estás convencido
de que jamás
cometerías.**

Si le hubieras preguntado a Pedro unas horas antes cuál era el pecado que nunca cometería, probablemente habría respondido:

Cualquier cosa menos negar que conozco a Jesús.

Y no olvides algo.

Solo unas horas antes, Pedro había sacado una espada y se había lanzado contra una multitud armada.

Eso nos lleva a una segunda lección:

**Recuerda que
la valentía de
un momento no
garantiza valentía
en el siguiente.**

Nunca pienses que eres inmune a caer.

Nunca supongas que existe algún tipo de escudo espiritual que te hace invencible.

Ninguno de nosotros tiene garantizada la victoria sobre el pecado.

Todos somos capaces de cometer pecados que jamás imaginamos cometer.

Tercera lección:

**Recuerda que
rara vez llegas al
pecado sin haber
recibido antes varias
advertencias.**

Después de la primera negación, el gallo cantó.

Aquello fue una advertencia misericordiosa de parte de Dios.

Pero Pedro ya había preparado el terreno

para su caída.

Horas antes, Jesús lo había invitado a orar en Getsemaní.

Le dijo:

«Orad que no entréis en tentación.»

Es decir: Prepárate para la tentación que viene.

Jesús sabía lo que estaba por suceder.

Pero Pedro ignoró advertencia tras advertencia.

¿Te has dado cuenta de que nosotros también tenemos las advertencias de Dios delante de nuestros ojos?

Las tenemos impresas en las páginas de la Biblia.

Podemos leerlas una y otra vez.

La cuarta lección es esta:

Recuerda que un pecado suele abrir la puerta a otro.

Por eso, confíesalo rápidamente antes de que se extienda.

Nadie se levanta una mañana pensando:

- Hoy voy a empezar a vivir una mentira.

- Hoy voy a despedirme de mi integridad.

Las caídas suelen comenzar con pasos pequeños.

Con una mirada que se prolonga más de lo debido.

Con ese primer clic.

Con esa pequeña tentación de hacer una apuesta.

“Son solo cinco dólares. ¿Qué daño puede hacer?”

Y poco a poco el pecado toma control.

Conozco a un hombre que tuvo que sentarse frente a su esposa para confesarle que la adicción a las apuestas por internet lo había llevado a perder la casa familiar.

Hace más de cien años, J.C. Ryle escribió: “Cuídate de los primeros pasos del retroceso espiritual, por pequeños que parezcan.”¹⁰

Quinta lección:

Recuerda que tu testimonio no se determina por lo que dices acerca de Jesús delante de los creyentes aquí dentro, sino por lo que dices acerca

13

de Jesús delante de los incrédulos allá afuera.

La prueba de Pedro en cuanto a su compromiso con el Señor no ocurrió en el aposento alto.

Ocurrió en el patio de Caifás.

Por eso vale la pena preguntarnos:

¿Qué decimos acerca de Cristo en una reunión de trabajo?

¿Qué decimos frente a un vecino difícil?

¿Qué decimos delante de un profesor incrédulo?

¿O delante de cualquier persona que no comparte nuestra fe?

Y una última lección:

Recuerda la misericordia y la gracia de Jesús.

Jesús ya sabía que Pedro iba a cometer este pecado. Y aun así no lo abandonó.

Pedro era ahora un discípulo que había mentido, jurado falsamente y maldecido. Pero Cristo no lo descartó.

Su fracaso no fue definitivo.

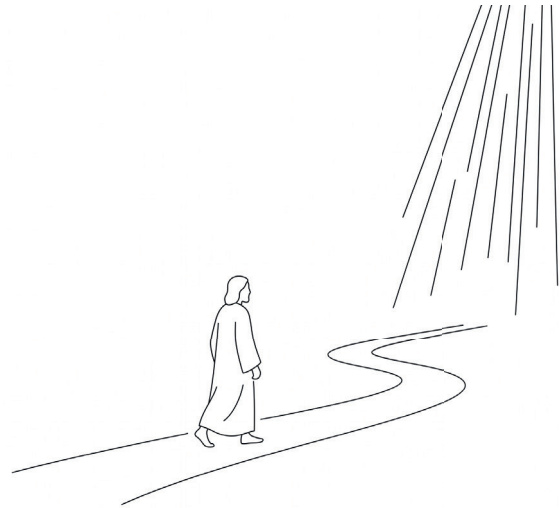
Sus lágrimas de arrepentimiento marcaron el

comienzo de su restauración.

Y cuando Jesús resucitó, encontramos un detalle precioso que solamente Marcos registra.

Un ángel les dijo a las mujeres que habían llegado al sepulcro:

«Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea.»



¿Notaste esas palabras?

“...y a Pedro.”

Jesús no había desechado a Pedro.

Y tampoco te ha desechado a ti ni a mí.

Piénsalo por un momento. El Señor ya sabía que Pedro lo negaría. Ya conocía cada una de sus mentiras. Y aun así lo amó, lo restauró y

lo siguió usando.

De la misma manera, Cristo conoce nuestros fracasos y pecados mucho antes de que los cometamos. De hecho, ya murió por ellos.

Pero eso plantea una pregunta importante.

Si la gracia de Cristo es tan grande, ¿por qué no pecar?

¿Por qué no vivir una mentira?

¿Por qué no decir lo que sea necesario para evitar problemas o salir adelante?

Pedro conocía la respuesta.

Él sabía por experiencia propia que mentir para protegerse no trae paz ni una vida mejor. Sabía lo doloroso que era negar a Cristo para evitar la presión de los demás.

Por eso, años después, les escribió a creyentes que también enfrentaban presión por identificarse con Jesús:

«El que quiere amar la vida y ver días buenos, Refrene su lengua de mal, Y sus labios no hablen engaño» (1 Pedro 3:10).

Y luego añadió:

«...estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de

*la esperanza que hay en vosotros»
(1 Pedro 3:15).*

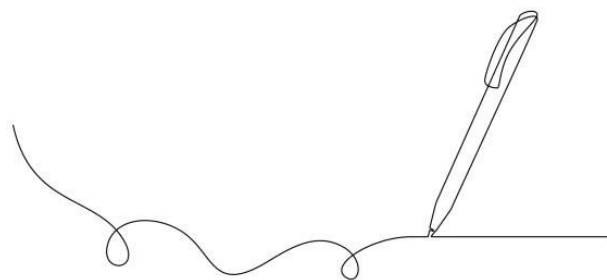
Pedro aprendió esa lección de la manera más dolorosa.

Así que aprendamos de él.

Digamos siempre la verdad.

Y estemos preparados para dar razón de la esperanza que tenemos en Cristo.

Lo que
aprendi



¿Cómo
aplicarlo?